

de constituir, de ahora en adelante, el punto de referencia básico para cualquier estudio futuro de las «tradiciones» de Ricardo Palma.

CARLOS GARCÍA BARRÓN

*Universidad de California,
Santa Bárbara.*

ELEANOR J. MARTIN, *René Marqués*. Boston: Twayne Publishers (Twayne World Authors Series 516), 1979.

La aparición de este libro coincidió con la muerte del autor que estudia: casualidad dramática que René Marqués habría sabido apreciar. Pero lo cierto es que hay muy poco de dramático en este estudio sin pretensiones de la profesora Eleanor J. Martin. Como la mayoría de los libros de la serie «Twayne World Authors», éste es amplio, competente y superficial. No falta en él ningún dato de importancia sobre la obra de René Marqués y la información biográfica que ofrece es, en general, suficiente, aunque se echa de menos algunas alusiones al retiro casi total de Marqués, tanto de la creación literaria como de la labor docente, en los últimos cuatro o cinco años de su vida. Tampoco escasea en el libro la interpretación, aunque ésta se limita a un examen de la evolución en el estilo de Marqués dentro de los varios géneros que cultivó (novela, poesía, ensayo, cuento, drama), y a una concepción algo rudimentaria de la obra de Marqués como «un espejo de su época» («a mirror of his times», p. 17). La autora se esfuerza por situar los textos de Marqués en un contexto más amplio, particularmente en el de la situación político-económica de Puerto Rico como colonia de los Estados Unidos. Es cierto que este hecho tiene una relación más directa con la obra de Marqués que con la de algunos otros escritores puertorriqueños (aunque el problema colonial de Puerto Rico ha estado presente en la mayor parte de la literatura puertorriqueña de este siglo, particularmente en la obra de nuestros mejores poetas: Lloréns, Palés, Matos Paoli), pero la profesora Martin no logra demostrar satisfactoriamente cómo se articulan esos dos niveles —el de la historia de Puerto Rico y el de los textos de Marqués—. La profesora Martin se contenta con ofrecer algún trasfondo histórico-social y luego con establecer una vaga tipología de los escritos de Marqués, dividida en textos dramáticos y textos no dramáticos. Los criterios con que la profesora Martin subdivide la obra dramática de Marqués vacilan entre la cronología (habla de su «Early Drama») y el análisis temático (habla del «Social Drama», el «Social-Existential Drama» y el «Biblical Drama» de Marqués).

Hay que indicar que, en su explicación de algunos textos individuales de Marqués, la autora ofrece una serie de comentarios interesantes y útiles para la mejor comprensión de éstos (véanse, por ejemplo, sus apuntes sobre *Mariana o el alba*, páginas 102-106), pero se echa de menos un enfoque crítico que bregue adecuadamente con la diversidad de los textos de Marqués y que nos proponga un criterio unificador de los mismos o, mejor aún, que explore el significado de esa heterogeneidad. En otras palabras: ¿qué llevó a Marqués a ser un polígrafo? Y más aún: ¿qué es un polígrafo? ¿Qué significa ser un polígrafo? ¿Cuál es la relación entre la diversidad de textos que produce el polígrafo y la naturaleza de la representación literaria, es decir, de la escritura? La obra de Marqués abunda en indicios que nos pueden ayudar a responder, o al menos a explorar algunas posibles res-

puestas, a estas preguntas. En vez de postular una correspondencia ideal entre la obra de Marqués y su circunstancia, que convertiría a la obra en «reflejo», o a lo sumo en «comentario» de la realidad, convendría investigar la manera en que Marqués se enfrenta a los problemas que conlleva representar (escénicamente o por escrito, da lo mismo) la realidad tal como Marqués la entiende. El hecho de que Marqués fuera dramaturgo ya nos sugiere que debió de haber en él una fuerte conciencia de las dificultades inherentes en la representación no meramente de la realidad, sino incluso de ideas y de sentimientos. El caso de Marqués es el de un escritor que se mueve inquietamente de género en género: de la poesía al teatro (en el que oscila entre el «realismo poético» y la vanguardia), al cuento, al ensayo y a la novela. En varias ocasiones Marqués refundirá sus cuentos en obras de teatro y viceversa. Y en todos los casos Marqués reiterará el mismo puñado de ideas, de obsesiones. No cabe duda de la seguridad de Marqués en su vocación de escritor, pero al parecer no se sentía tan seguro acerca de la capacidad de la escritura —y aun de la representación escénica— para transmitir ideas claramente, y mucho menos para transformar la realidad.

Los elementos necesarios para derivar una teoría de la representación a partir de la propia obra de Marqués están a la mano: el interés perenne de Marqués por la Biblia —por ejemplo, la cita con frecuencia y la usa como punto de partida para obras de teatro como *Sacrificio en el Monte Moriah* (1969) y *David y Jonatán* (1970)—, apunta hacia una preocupación de éste con los mecanismos de la exégesis bíblica, entre ellos la alegoría, y de allí a problemas más generales de la representación. (Marqués ha escrito sobre el teatro de Calderón; además, su primer drama, *El hombre y sus sueños* [1946] abunda en resonancias de los autos calderonianos; incluso entre sus últimos cuentos, que Marqués publicó en 1976, hay varios relatos de carácter francamente alegórico, como «El cazador y el sueño» y «La ira del resucitado».) El libro de la profesora Martin marca, por lo pronto, un hito en los (escasos) estudios de la obra de René Marqués: se trata de la primera apreciación de conjunto de una obra bastante amplia, diversa y a trechos poco conocida; y señala, además, un reconocimiento (ya póstumo) de la importancia de Marqués en el ámbito de la literatura hispanoamericana, no sólo como dramaturgo, sino como hombre de letras.

ANÍBAL GONZÁLEZ

Yale University.

GEORGES BAUDOT, *Utopie et histoire au Mexique. Les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*. Toulouse: Privat, 1977.

La ola de apetitos y de sueños que desencadenó la conquista de nuestro continente (en medio de una euforia económica e intelectual nunca justificable, pero sí entendible en gentes que se maravillaban de lo que habían «descubierto») cuenta con innumerables y «dorados» testimonios. Acaso el menos interesado, el menos orientado por razones económicas o políticas de la época, acaso también el más descabellado y gigantesco, sea el que nos describen estas 555 páginas.

Edificar en tierras americanas, y con los hombres del antiguo Imperio azteca, el Reino del Milenio ineluctablemente asegurado por el *Apocalipsis* (capítulo 20, y, especialmente, los fragmentos 4, 5, 6 y 7) y fue el objetivo al que dedicó vida, afanes, investigaciones, aprendizajes y, empecinadamente, luchas y destinos un gru-